

EL POST DEL PARROCO

SALT

Estimada familia parroquial:

Recuerdo que en los últimos meses de vida de mi papá en la tierra, sufría de «AIT» o mini accidentes cerebrovasculares. Probablemente una vez al mes o cada dos meses, le pasaba algo. Le costaba hablar, a veces decía cosas que no tenían mucho sentido, perdía el equilibrio y, en algunas ocasiones, se desmayaba. Íbamos a la sala de urgencias, donde le hacían pruebas, etc., normalmente le ingresaban y le daban de alta con una indicación similar. Su nivel de sodio es bajo. ¡Necesita más sal!

Parecía un consejo médico extraño, sobre todo viniendo de un cardiólogo (médico especialista en el corazón). Necesitas más sal. Así podrás hablar bien, mantener el equilibrio y mantener nuestro cuerpo en movimiento.



Entonces, tal vez, esta semana, ¿una pregunta sobre salud espiritual? ¿Tienes suficiente sal?

Probablemente no sea una imagen tan popular como la luz que aparece en la primera lectura y en el Evangelio de hoy. Pero Jesús utiliza esta imagen en el Evangelio antes que la luz. Nos llama a utilizar la sal para aportar un cierto sabor, un cierto aroma, una cierta presencia al mundo en el que vivimos. Si no lo hacemos, no estamos respondiendo a la construcción del Reino de Dios (véase el Evangelio de la semana pasada). Si no lo hacemos, nos quedamos estancados. Palabras titubeantes, desequilibrio, nada que decir ni qué hacer. Este no es el Evangelio que predicamos ni el Evangelio que estamos llamados a vivir.

La Iglesia vincula esta lectura de Mateo 5 con uno de los pasajes más poderosos del libro del profeta Isaías. Aquí vuelve a aparecer la sal. Durante siglos, la sal se ha utilizado para tratar heridas. Incluso forma parte de la solución salina que se utiliza con tanta frecuencia en los hospitales. Escuchemos al profeta: «Entonces tu luz brotará como el alba, y tu herida se curará rápidamente» (58:8). ¿Cuál es la condición para que esta luz brille en la oscuridad, para que esta herida se cure? Es sencilla:

«Comparte tu pan con el hambriento, da cobijo al oprimido y al desamparado; viste al desnudo cuando lo veas, y no le des la espalda al tuyo» (58, 7).

En la labor del Evangelio, especialmente en los

momentos en que nos sentimos impotentes, abrumados o insignificantes, existe el riesgo de que perdamos nuestro sabor. Nos volvemos insípidos. Lo que hacemos o decimos no tiene mucho sentido. A veces puedo luchar contra esto. ¿Quizás tú también?

El mundo en el que nos encontramos hoy en día, los riesgos en nuestro propio país, la ira y la furia de este tiempo no nos dan la oportunidad de ser indiferentes, de no llevar el sabor del Evangelio a la pobreza, el racismo, la injusticia, el hambre, la falta de dignidad, el odio, la violencia y tantas otras cosas a las que nos enfrentamos en este momento y en este tiempo. (No se dejen engañar, no es solo una situación en Minnesota). No hay tiempo para perder el equilibrio a la luz del Evangelio, para perder el paso, para tropezar. Escuchen al profeta: «Si eliminas de

entre ti la opresión, la falsa acusación y el discurso malicioso, si das tu pan al hambriento y satisfacer al afligido, entonces la luz se levantará para ti en la oscuridad, y la penumbra se convertirá para ti en mediodía» (58:9-10).

Para que la luz brille, necesitamos el sabor del Evangelio. ¿De dónde viene esto? De la minería. No, no necesitamos ir a una mina de sal, pero sí necesitamos hacer nuestra propia minería. Necesitamos orar y pedirle al Espíritu Santo que nos ayude a discernir. El martes pasado, durante nuestro día de oración del personal, nuestro presentador nos animó a ser personas de reflexión y consideración más profundas, de la necesidad de la contemplación, de volver a los lugares más profundos. Esto puede llevar tiempo, incluso años, pero al hacer este trabajo, encontramos nuestra voz, movemos nuestros pies, llevamos el entusiasmo del Evangelio a un mundo necesitado. ¿Cómo lo hacemos? Bueno, ese es el trabajo del discernimiento. ¿Que lo hagamos? No es opcional para ningún discípulo. Tenemos luces que brillar, cestas que guardar, un mensaje de amor que llevar.

Por lo tanto, oremos esta semana para que nuestros niveles espirituales aumentan y nuestra luz brille aún más.

Por favor, recen por mí. Yo prometo hacer lo mismo.

Father Jim